

# ABISMO NEGRO

---

*Robert E. Howard*  
&  
*Lin Carter*

EDITADO POR "EDICIONES LA CUEVA"

# 1. Traición en Kamula

La mirada fría de Kull se nubló de perplejidad cuando el alto guerrero bronceado irrumpió en sus aposentos privados donde él permanecía ociosamente sentado, tomando vino de loto y contemplando desde la ventana de palacio las nubes blancas que se deslizaban sobre el mar azulado del cielo. A excepción del corto faldón de cuero, el guerrero iba tan desnudo como la larga espada de hierro que sostenía en el puño cubierto de cicatrices, y su rostro habitualmente impertérrito se hallaba cubierto ahora por una expresión de furia. Kull lanzó un suspiro y dejó la copa de vino a un lado.

Había momentos en que hasta un rey tan guerrero como Kull anhelaba algo de serenidad y de paz. Aquí, en Kamula, casi la había encontrado, pues esta ciudad de ensueño, llena de edificios de mármol blanco como la nieve y de lapislázuli, que se levantaba sobre lo alto de la montaña, era tan indolente y lánguida como si perteneciera a un sueño. Los días pasados aquí se habían visto llenos de alegrías placenteras y soñolientas, muy distintos de los que pasaba en la capital del sur, donde se veía constantemente importunado por conspiraciones y contraconspiraciones, por facciones e intrigas cortesanas de todo tipo. Aquí, en el norte, en la ciudad de ensueño de Kamula, en medio de las montañas verdes de Zalgara, todo era paz y placer..., pero ahora, ¿qué ocurría ahora?

—¡Kull, quiero justicia! ¡Asesinato..., traición!

Kull volvió a emitir un suspiro. Conocía bien a estos salvajes pictos que servían a Valusia como aliados y mercenarios; comprendía la oscura furia que dormía en ellos, como duerme en todos aquellos que son verdaderos bárbaros, como de hecho dormía dentro de su propio corazón, pues a pesar de ser ahora rey de Valusia, Kull había nacido como un salvaje desnudo en la primitiva Atlántida, más allá del continente, y en el fondo de su alma anidaba el bárbaro rojo que era, a pesar de la superficie de la esplendorosa cultura valusa con la que se había revestido desde entonces.

Sus ojos fríos, tan grises como el hielo glacial, estudiaron con curiosidad el rostro del guerrero picto, que blandía su espada en lo alto, y temblaba como poseído por una furia apasionada.

—Durante mil años, el pueblo de las islas ha permanecido como aliado al lado de los hombres de Valusia —espetó el guerrero—. Ahora, en cambio, mis propios hermanos de tribu se ven apartados de mi lado por asesinos que permanecen escondidos y al acecho en medio de un palacio valuso.

Kull le miró asombrado, y se puso inmediatamente alerta.

—¿Qué estás diciendo, Brule? ¿Qué locura es ésta? ¿Hablas de uno de mis guerreros? ¿Quién se ha apoderado de él?

—¡Sólo Valka lo sabe! —bramó el picto—. En un momento estábamos hablando juntos en la cámara. Grogar se apoyaba contra una de esas columnas de mármol de color melocotón, me volví para decirle algo

a Monarho y..., ¡zas!, Grogar desapareció, se desvaneció en el aire, y sólo quedó en la estancia el eco de su grito de terror.

Las cejas de Kull se unieron en una expresión pensativa y hosca. —¿Alguna disputa entre él y sus camaradas...? —¡Nada de eso, oh, mi señor! Grogar era querido por todos. —¿Un esposo celoso? —Grogar nunca miraba a las mujeres valusas, demasiado blandas y lánguidas para él... Una o dos mujeronas gruesas y alegres de taberna, ésas eran las que le gustaban, y esa clase de mujeres no tienen maridos. Y tampoco podía soportar a estas mujeres de Kamula, tan sedosas y delicadas...

¡Bah! Aquí, hasta los hombres huelen a perfume. Y estas gentes de Kamula odian a los pictos. Lo sabemos. Lo vemos en la expresión de sus ojos cuando nos miran.

Kull emitió una risa bronca.

—¡Tú sueñas, Brule! Estas gentes son demasiado indolentes y melindrosas como para odiar a nadie. Lo único que saben hacer es cantar, hacer el amor, organizar fiestas, beber vino, componer versos. Supongo que no creerás que tu gran y corpulento Grogar haya sido arrebatado por el gracioso poeta Taligaro, por la delicada y pequeña bailarina Zareta o por el propio y melindroso príncipe Mandara, ¿verdad?

Brule observó al rey con gesto hosco y los ojos azules llameantes. Sabía que se estaba burlando de él. Bufó y escupió sobre el mármol vetado de rosa.

—No sé quién es el asesino, ni cómo o por qué ha decidido actuar, pero os digo esto, rey Kull, ¡ten cuidado! Aquí, en esta lánguida ciudad de Kamula, se esconde la traición negra, y el asesinato rojo.

## 2. ¡Acero Rojo!

Avanzaron juntos por el paso tortuoso. Kull, el rey, y Brule, el asesino de la lanza, a quien el rey le había pedido que le mostrara el lugar donde Grogar había desaparecido de modo tan misterioso. Brule marchaba delante, indicándole el camino; cruzaron cámaras voluptuosas de las que colgaban tapices dorados que descendían ondulantes sobre las paredes, anchos pasillos curvados en cuyos nichos aparecían estatuas de alabastro y grandes urnas de jade llenas de flores. El aire olía a incienso, procedente de los incensarios de plata colgantes, y todo evidenciaba la existencia de una elevada cultura que se había hecho relajada y blanda, degenerada y débil, y que parecía hallarse al borde de la decadencia.

Aquellos dos hombres eran tan diferentes como pudieran serlo en su aspecto exterior. Kull se erguía como una estatua heroica de aspecto poderoso, de hombros anchos y pecho abultado, envuelto en una vistosa túnica de brocado que refulgía en una cascada de escarlata y púrpura, con su capa ondulante de tela plateada incrustada de hilo de oro, las gemas que despedían destellos desde la sortija que llevaba en el dedo, el brazalete de oro, la empuñadura y el cinto de la espada, y desde el delgado círculo de oro que le rodeaba las sienas, donde unos grandes y lustrosos ópalos brillaban lujosamente. De porte y semblante realmente regios, Kull se erguía tan recto como el mango de una lanza, tan ágil como un tigre que fuera de caza, tan impasible como un dios. Su cabello negro y cortado recto le caía sobre los hombros, tan áspero y espeso como una melena leonina, y sus ojos ardían con la frialdad del acero de una espada, tan brillantes y penetrantes como el hielo claro.

Brule, el picto, era más delgado, menos corpulento, de mediana estatura. Su físico, de aspecto flexible, se hallaba moldeado con la elegante simetría y la salvaje economía de medios de una pantera. Su piel era atezada, bronceada por el sol, salpicada aquí y allá por las terribles cicatrices de viejas batallas y guerras ya olvidadas. Ni una sola joya perturbaba el aspecto de dignidad guerrera y espartana de este ser primitivo que despreciaba los lujos de la corte; lo único que llevaba era el faldón corto de cuero negro y el acero desnudo.

Diferentes, sí, y sin embargo iguales en su porte elegante y felino, en su actitud alerta, en la majestuosidad natural de sus movimientos y en aquella misma aura intangible de salvajismo primitivo que parecía rodear tanto al guerrero semidesnudo como al rey cubierto de joyas.

—Estábamos en el salón de las joyas —gruñó el picto—. Grogar, Monartha y yo. Acabábamos

de terminar nuestra guardia y nos gastábamos bromas. Grogar se apoyaba contra la columna, como ya te he dicho. Me volví para decirle algo a Monarcho y, al hacerlo, Grogar apoyó todo su peso contra la pared, y entonces oí el grito de angustia que se escapó de sus labios. Me volví..., y ya no estaba. No pudimos ver más que un atisbo de negra oscuridad, como si una boca gigantesca se hubiera abierto, y percibimos una bocanada de aire maloliente, como procedente de un pozo lleno de osamentas podridas... Y desapareció como si la pared hubiera cobrado vida y se lo hubiera tragado.

—Un panel deslizante —dijo Kull mirando a su alrededor con ojos inquietos, receloso de encontrar la traición en cada sombra—. Alguna condenada trampa que se ha abierto. Tuvo que haber tocado accidentalmente algún resorte y la pared se abrió y se lo tragó.

—Quizá. O quizá hubiera un asesino oculto tras la pared. La verdad es que pudimos ver bien poca cosa... Monarcho desenvainó la espada y la introdujo por la abertura, para que el panel no pudiera cerrarse por completo. Apoyamos sobre ella todo el peso de nuestros cuerpos, pero no cedió ni un ápice, así que le dejé allí, con la hoja introducida en la grieta, y corrí a avisarte.

Entraron en la cámara denominada el salón de las joyas debido a los murales incrustados de gemas que representaban una variada serie de escenas de carácter amoroso en la vida de los héroes legendarios. Ahora se encontraban en las estancias más profundas del palacio, y Kull miró a su alrededor, extrañado. Esta estancia se había construido contra la roca sólida de la montaña sobre la que se levantaba la ciudad de Kamula. ¿Cómo podía haber allí un pasaje secreto?

—Justo en el momento en que se desvanecía y la pared se cerraba, Monarcho jura que oyó alguna clase de música que procedía del abismo oscuro hacia el que Grogar se vio arrastrado. Ahí lo tienes ahora, con la oreja pegada a la grieta, tratando de escuchar algo. ¡Hola, Monarcho!

Kull frunció el ceño, inquieto. El alto guerrero que se encontraba en la pared más alejada de la estancia no se volvió hacia ellos cuando Brule le dirigió el saludo, ni hizo el menor gesto que indicara que se hubiera dado cuenta de su presencia. Parecía estar limpiamente apoyado contra el panel, con una mano sujeta a la empuñadura de la espada que sobresalía de la grieta negra.

Kull se acercó al picto y le puso una mano impaciente sobre el hombro. Al contacto de su mano, Monarcho se derrumbó por completo sobre el suelo de mármol. Sus ojos les miraron, helados y vacíos, sin vida. Del corazón sobresalía la empuñadura de una pequeña daga dorada. Aturdido, Kull se inclinó y extrajo el acero enrojecido de la carne del hombre muerto, que ya se enfriaba. Brule lanzó un juramento.

—¡Por Valka! ¡También lo han asesinado a él! He sido un estúpido al dejarle solo. El capitán de mis arqueros a caballo, y mi mejor lanzador de jabalina..., ¡muertos! Juro que encontraré a la serpiente que ha hecho esto, muerta o viva. Juro que la encontraré, aunque tenga que destrozarse todo Kamula y no dejar piedra sobre piedra. ¡Por Valka! ¡Entregaré esta condenada ciudad a las llamas y las apagaré después con la sangre de sus habitantes!

### 3. La Flauta del Demonio

La hendedura recorría la pared como una barra de sombra. Kull se inclinó para examinarla. La empuñadura de la espada de Monarcho sobresalía, sostenida por el peso de la piedra deslizante.

—Mira, Brule, alguien tiene que haber atacado a tu amigo con la daga a través de esta rendija, desde el otro lado. Esa hoja es lo bastante estrecha y delgada para pasar por donde la espada no pudo. Me pregunto qué habrá al otro lado de esta pared...

—Locura y muerte —contestó Brule, ceñudo—. La muerte de dos buenos hombres, que vivieron, lucharon y murieron al servicio de Valusia.

—Es posible que Grogar todavía esté con vida —dijo Kull.

Miró a través de la grieta, pero no pudo ver nada. La negrura del otro lado era intensa, casi palpable. Y desde aquella rendija de oscuridad casi material llegó hasta él un maloliente olor fétido, como de cadáveres en putrefacción. La oscuridad parecía latir, como si fuera algo vivo y sensible.

Brule desvariaba, sin dejar de pronunciar feroces juramentos, pero Kull le sujetó por el brazo y le ordenó que guardara silencio. Se inclinaron juntos, forzando el oído junto a la abertura. Desde el otro lado de la pared llegó hasta ellos una música débil y lejana, como un gemido tenue y escalofriante, una música extraña y misteriosa que se elevaba y descendía como el eco de una risa demoníaca. ¿Qué flauta espectral se ocultaba más allá de aquella puerta misteriosa, en la negrura viva?

Kull casi se estremeció ante aquella melodía horrible que parecía agarrarse a su cordura, tratando de arrancársela. Había odio en aquella música, una burla enloquecida llena de odio y vileza, más de lo que cualquier obscenidad humana pudiera imaginar. Todo el veneno de mil años de odio humano se hallaba concentrado en aquel escalofriante hilillo de música. De repente, Kull echó otro vistazo al rostro del guerrero muerto tendido a sus pies.

¡Sí! La expresión grabada en aquellos rasgos de la muerte era de horror y sorpresa, y también de dolor, pero había algo más en la expresión del cadáver, congelado en una expresión de... escucha. La música demoníaca hizo que la piel le hormigueara. Hasta el inexorable Brule se puso pálido de náuseas cuando el sonido de la flauta demoníaca se filtró por la abertura.

—Parece la clase de música a cuyo sonido bailan los muertos en los suelos escarlata del infierno —dijo con un estremecimiento incontenible.

Kull se encogió de hombros y empujó la pared de mármol de color melocotón, que no se movió. Apoyó el hombro contra la pared y empujó. Unos poderosos haces de músculos se abultaron en su cuello y le recorrieron la espalda y el pecho como sinuosas serpientes, por debajo de los ropajes de brocado. Era como tratar de empujar un acantilado de granito puro. Brule añadió su propia fortaleza a sus intentos, pero tampoco eso sirvió de nada. Enojado ahora, Kull se quitó los lujosos ropajes, dejando al descubierto un torso poderoso que brilló como el bronce aceitado bajo la luz del sol.

Sujetó la empuñadura de la espada de Monartha y trató de hacerla servir como palanca, pero tampoco logró nada. Entonces, empezó a tantear con las manos a lo largo de la pared, junto a la columna contigua, en busca del resorte oculto con el que sin duda tuvo que haberse tropezado Grogar. De repente, oyó un clic metálico ahogado por la pared de piedra y el panel se apartó a un lado al deslizarse con suavidad y girar sobre un dispositivo de ruedas.

Un abismo negro se abrió ante ellos como la boca de un pozo que condujera al infierno de los mitos más oscuros. Desde el interior de aquella boca negra surgió una bocanada de aire nauseabundo y húmedo, cargado con un olor fétido indescriptible. Y la horrible flauta pareció sonar entonces con más fuerza, más cercana y misteriosa. Su sonido espectral arrancó un escalofrío glacial de la espalda de Kull. Toda su recia masculinidad se rebeló con repugnancia ante la infame y obscena alegría que se percibía en la música del misterioso flautista demoníaco.

Brule colocó un jarrón de bronce en la abertura, para que la puerta secreta no pudiera cerrarse. —¿Qué hacemos, Kull? —preguntó—. ¿Quieres que vaya a buscar más hombres? El rey negó con un gesto de la cabeza, haciendo oscilar la melena negra de un lado a otro.

—No podemos hacer eso, Brule. Mientras perdemos el tiempo aquí, Grogar podría estar enfrentándose a..., ¡sólo Valka sabe qué!

Brule sonrió con una mueca felina y los dientes blancos llamearon en su rostro bronceado.

—Bien, de todos modos, ¿para qué necesitamos a los demás? Nos bastamos tú y yo, oh, rey, juntos y con las espadas en la mano.

Kull asintió con un gesto y sus ojos furiosos trataron de atravesar la negrura. Avanzó un paso hacia aquella oscuridad desconocida.

—¡Vamos!

## 4. En el Abismo Negro

Brule sólo se retrasó el tiempo que necesitó para tomar una antorcha resinosa del aro que la sostenía en la pared. La encendió con los carbones de uno de los incensarios de plata y luego se lanzó hacia la boca oscura de la puerta, tras los talones de Kull.

Se encontraron sobre una estrecha plataforma de piedra sólida. Por debajo, un abismo negro parecía caer y caer, como si descendiera hacia lo más profundo de las entrañas de la tierra. Unos escalones de piedra descendían en espiral hacia la garganta de aquel pozo negro. Desde las profundidades desconocidas del fondo llegaba hasta ellos un aire frío y nauseabundo, portando en sus alas invisibles aquella misteriosa melodía. El rey y el guerrero iniciaron el descenso de los escalones de piedra en espiral, moviéndose con una silenciosa cautela.

La escalera era vieja, muy vieja. Los pies de muchas generaciones habían desgastado la piedra durante siglos. Un limo pálido se aferraba a la piedra húmeda y resbaladiza de los escalones, por debajo de sus pies. Continuaron su descenso hacia la oscuridad, paso a paso, con la antorcha lanzando destellos de luz anaranjada que arrojaban una luz oscilante y engañosa ante ellos. Las sombras bailoteaban y brincaban contra la pared de vasta piedra húmeda.

De vez en cuando, burdamente tallados en la pared, aparecían petroglifos monstruosos, vagamente blasfemos, misteriosamente extraños, que les producían escalofríos en la espalda. Era como si las manos que los hubiesen cincelado fueran tan extrañas e inhumanas como las mentes en cuyas corrompidas profundidades se concibieron aquellos símbolos monstruosos. Brule se detuvo un instante para estudiar los signos tallados en la piedra, acercando a ellos la luz de la antorcha. Al hacerlo, contuvo una maldición, y lanzó un gruñido de sorpresa.

—¡Kull, mira! ¿Conoces estos glifos? —El rey los examinó, pero eran enigmas desconocidos para él. Sacudió la cabeza—. Yo sí que los he visto antes, o algo similar —musitó el asesino de la lanza—. Muy lejos de aquí, al occidente, en las viejas ciudades serpiente que se desmoronan entre las ruinas, en medio de los desiertos de Camoonia. Son los pentáculos de una oscura e innombrable brujería que creía desaparecida desde hacía tiempo de los lugares frecuentados por los hombres. Pero parece que aquí todavía pervive un horrible culto de los tiempos antiguos. El culto de...

Su voz se interrumpió bruscamente cuando Kull le sujetó por el brazo con la garra de hierro de su mano. El rey estaba tenso, sus ojos despedían frías llamaradas grises al tiempo que intentaba penetrar las oscuras profundidades de allá abajo.

—¡Escucha! ¿Qué ha sido eso?

El fantasmal ulular se había elevado en un crescendo de frenesí demoníaco, como un sonido chirriante y agudo que parecía querer desgarrar los nervios, como si los dedos dotados de garras de un arpista enloquecido pudieran rasgar y romper las cuerdas de su instrumento. Y en lo más alto de este sonido agudo percibieron un grito fantasmal que les heló la sangre.

—¡Por Valka! —balbuceó Brule, aunque su exclamación fue casi más una oración. Tenía los ojos encendidos y blancos bajo la luz de la antorcha.

El grito murió, convertido en un gorgoteo, ahogado por las flemas, como si hubiera sido

estrangulado por una mano implacable. A ello siguió un silencio mortal mientras los ecos reverberaban por todo el pozo, y producían un torrente de ecos que lo engulló todo. El sonido de aquel grito hizo que se les helara la sangre en las venas. Era el último grito, lleno de desesperación, de un alma arrastrada hacia el borde definitivo del terror y la locura. Jamás habría imaginado Kull que de unos labios humanos pudiera surgir tal nota de angustia y pánico impotente. Apretó las mandíbulas y su poderosa mano aferró la empuñadura de la espada con una furia que le puso los nudillos blancos.

—¡Vamos! —gruñó.

Y continuó el descenso por los escalones cubiertos de limo resbaladizo.

## 5. La Cosa sobre el Altar

Finalmente, la escalera de caracol terminó en un suelo uniforme de piedra humedecida sumida en una negrura helada. El oscilante resplandor anaranjado de la antorcha reveló una doble hilera de columnas toscamente labradas que se extendían por la oscura caverna como una poderosa sala hipóstila de un templo oscuro de los dioses antiguos. Con las espadas empuñadas, los dos hombres descendieron con rapidez hacia esta nave de columnas, tan vastas y poderosas como los árboles más rectos y titánicos. Unos rostros monstruosos les contemplaban, profundamente tallados en las oscuras piedras erectas. No eran rostros humanos, observó Kull con aire ceñudo. Pero no se detuvo por ello.

Al final, la nave de columnas se abrió a un enorme anillo de piedras erectas. En el centro había un altar de cristal negro; un cubo gigantesco de obsidiana resplandeciente. A cada uno de los lados, unas llamas azuladas gemelas parpadeaban en anchas urnas de latón, ardiendo en la oscuridad como los ojos encendidos de una bestia gigantesca e inimaginable.

Brule se agarró al brazo desnudo de Kull, haciendo esfuerzos por reprimir una exclamación.

Agazapado sobre los escalones que conducían al altar, desnudo como un niño, había un hombre sentado que tocaba una flauta. La cacofonía ululante y demoníaca de su enloquecedora melodía se elevaba, insoportablemente fuerte, batiendo el cerebro como martillos amortiguados que golpearan implacables la misma ciudadela de la razón. Kull emitió un gruñido desde lo más profundo de su garganta y vio, claramente revelado, el rostro del hombre. El flautista echó la cabeza hacia atrás, extasiado, al tiempo que elevaba el sonido de su canción demoníaca.

¡Era el poeta Taligaro!

Taligaro, el poeta consentido, sedoso y lánguido, cuyas rimas melindrosas hacían el furor de toda esta metrópoli de ensueño; Taligaro, el tímido y afectado poeta..., encogido ahora como un animal, desnudo, cubierto de sudor, tocaba la flauta como un bacante enloquecido, postrado servilmente ante un altar pagano.

Entonces aparecieron los otros fieles, que se deslizaron en grupos de dos y tres, surgiendo de entre las columnas. Iban envueltos en capas de terciopelo negro, con las cabezas encapuchadas. Pero cuando la melodía enloquecedora se elevó en un atropellado frenesí, se quitaron las capas y empezaron a postrarse ante el reluciente cubo de cristal, del color del ébano.

Kull apenas si pudo contener un juramento, poseído por una rabia irracional. Allí estaban los

nobles y señores de Kamula, hombres y mujeres con los que había participado en fiestas, con los que había conversado durante su prolongada estancia indolente en esta ciudad levantada sobre las montañas. Allí

estaba el gordo Ergon, barón de la costa septentrional, moviéndose como un sapo desnudo, haciendo oscilar obscenamente su gruesa panza. Y allí estaba también Nargol, el vástago de una casa antigua y honrosa, completamente desnudo a la luz de las llamas gemelas de zafiro. ¡Nargol, que siempre era tan rígido y aristocrático!

A Kull le brillaron los ojos como si fuera un tigre de la jungla. Por detrás de su dorada máscara de languidez florida, la ciudad de Kamula se hallaba corrompida hasta lo más profundo de sus entrañas.

Una mujer desnuda irrumpió a través del círculo de fieles grotescamente inclinados. Delgada y de proporciones encantadoras, como una muñeca, su cuerpo esbelto pareció como la hoja afilada de una espada de plata. El cabello suelto le flotó a la espalda, como un estandarte ondulante de seda negra. Sus ojos brillaron lo mismo que negras joyas húmedas. Empezó a bailar ante el altar, y a Kull la sangre le hirvió en las venas mientras observaba; los brazos blancos de la joven trazaron en el aire redes de atractivo encanto; su boca roja era suave, invitadora y húmeda cual fruta madura; sus pechos virginales oscilaron, jadeantes de pasión, como rosas blancas sacudidas por la violencia de un viento negro.

¡Era Zareta, la bailarina! Apenas el día anterior había bailado ante el rey, en la fiesta del príncipe. Ahora, en cambio, se ondulaba con pagano abandono ante el escuálido altar de algún horrible dios-demonio. Kull sintió que aumentaba su furia.

Y fue entonces cuando vio lo que había sobre el altar negro.

Era Grogar, que yacía despatarrado, sujeto por argollas de hierro en los tobillos y las muñecas. Su cuerpo desnudo brillaba de humedad a causa de cientos de diminutos cortes que salpicaban su figura broncea con el cálido líquido goteante de la sangre. Tenía el rostro vuelto hacia Kull, y cuando el rey contempló aquellos ojos de mirada fija y vacía, aquella mandíbula caída que dejaba abierta la boca, se dio cuenta, por la contracción de los labios, de dónde había surgido aquel grito horrible y agonizante, lleno de desesperación, que habían oído mientras bajaban por la escalera de piedra, después de haber tenido que soportar tormentos increíbles. Y aquella cosa desnuda y salpicada de sangre farfullaba estúpidamente y se deslizaba lentamente sobre el altar negro, como la esencia del condenado culebreo que se deslizara sobre los suelos al rojo vivo del propio infierno.

## 6. El Gusano Demonio

¡Dos ojos llamearon! Kull se puso rígido, y un sudor frío brotó en diminutas gotas sobre su torso desnudo. Desde la cima del altar, brillaron dos esferas gemelas dotadas de una llama verde pálida..., ¡y se movieron!

La aguda y chirriante melodía de la flauta se elevó aún más, como si tratara de atraer algo; los bailarines se entregaron a una serie de movimientos salvajes, con los brazos levantados y las cabezas echadas hacia atrás. Y la delgada llamarada encendida que era Zareta osciló de un lado a otro con una lánguida voluptuosidad. Aquel rito horripilante estaba a punto de alcanzar su momento cumbre.

Lentamente, con una ondulación que se hinchaba y se enroscaba sobre sí misma, el gigantesco



gusano descendió, deslizándose por la piedra tosca de la más alta de las columnas. Nadie podría saber de qué grieta desconocida había podido surgir, pero la música y el movimiento frenético de los bailarines le habían hecho salir de su morada tenebrosa.

La brillante babosa negra, de treinta metros de longitud, era como un deslizante río de légamo gélido. Dos ojos como discos brillaban suavemente por encima de la mandíbula abierta, de la que babeaba un líquido corrompido y nauseabundo. Aquella cosa deslizante se dirigía lentamente hacia el altar.

Estremecido hasta lo más profundo de su alma, Kull se preguntó cuántos miles de veces, en las largas eras del pasado, se habría arrastrado esta pesadilla putrefacta fuera de su hedionda guarida para descender hacia el altar negro con la intención de... alimentarse.

No necesitó oír la apresurada y susurrada explicación de Brule para saber lo que era aquello. Los antiguos símbolos grabados en las paredes de roca del abismo no eran tan extraños para el rey, pues incluso en la lejana y salvaje Atlántida había oído pronunciar en voz baja aquel nombre terrible: ¡Zogthuu! Zogthuu, el que se desliza en la noche, el espantoso e inmortal dios gusano cuyo culto habían exterminado los primeros valusos con la antorcha y el hacha, la repugnante monstruosidad cuyo nombre había sido una leyenda de terror durante tres veces diez mil años..., ¡y que ahora aparecía vivo, en los negros abismos existentes bajo Kamula!

El maligno gusano, como un río fétido de aceite negro, se cernió sobre el altar, contemplando con los ojos semicerrados al picto desnudo. A pesar de su locura, Grogar vio y supo cuál sería el horror definitivo destinado a convertirse en su fin. Lanzó un grito terrible capaz de encoger el alma, que tuvo que haberle desgarrado el cuello...

¡Kull se lanzó entonces como un tigre enfurecido!

El salvaje rojo que había en él despertó en su pecho. Una furia incontenible se apoderó de él como una maldición carmesí, nubló su visión ya brumosa e hizo acudir a sus labios contraídos un gruñido de rabia bestial. Saltó como una pantera y se plantó en medio de los serviles bailarines postrados a su alrededor, con la poderosa espada desenvainada. Los fieles se lanzaron sobre él, pero su acero relampagueó a derecha e izquierda, una y otra vez, y los hombres cayeron hacia atrás, agarrándose los muñones de los que brotaba la sangre allí donde antes había habido manos. Saltó hacia el pie del altar, donde Taligaro, con ojos de loco, le miró inexpresivamente. El frío acero cruzó el aire, como un relámpago, y su llamarada glacial se hundió en el pútrido corazón del poeta. La flauta demoníaca cayó de aquellos dedos que la sostenían débilmente, sin nervio.

Luego, se montó a horcajadas en lo alto del altar, situándose entre el impotente picto y la cabeza oscilante del gusano endiablado. Aquellos ojos relucientes e inhumanos le miraron, con una llamarada de un jade fosforescente de brillante intensidad. Kull devolvió la mirada, atravesando la penumbra que lo envolvía, mirando hacia las profundidades, hacia la misma alma de Zogthuu. Y allí, en lo más profundo de los ojos del monstruoso gusano, Kull vio algo que despertó un terror primigenio y petrificante en su propia alma, un terror como jamás había experimentado ningún otro hombre mortal; su carne se quedó paralizada, como si se encontrara sometido de pronto al soplido de un poderoso viento helado surgido de las profundidades de pesadilla del abismo negro de los infiernos cósmicos, situados más allá del espacio y del tiempo.

Porque allí dentro, en los ardientes ojos del gusano monstruoso, brillaba una espantosa inteligencia, fría, solitaria y torturada más allá de todo tormento que pudiera imaginarse.

Una bilis agria se elevó, nauseabunda, en la garganta de Kull. Porque en aquella repugnante longitud de baba gelatinosa anidaba una mente pensante, consciente y horriblemente sensible.

Encerrar un cerebro vivo en la prisión fétida de esta cosa fantasmal constituía una idea que sobrepasaba los efectos de diez mil infiernos. A este castigo eterno e inmortal habían condenado

los dioses supremos a uno de los suyos, que debía de haber cometido algún crimen innombrable cuya maldad sobrepasaba toda imaginación humana.

Kull golpeó como un hombre enloquecido. El brillante acero silbó y se hundió en la masa gelatinosa, que no le ofreció ninguna resistencia. Un enorme trozo de materia fétida se desprendió y cayó al suelo de piedra con un ruido sordo. Pero Zogthuu no pareció sentir nada; su palpitante carne ameboide no ofreció la menor resistencia al acero de Kull. Los mandobles, propinados uno tras otro como un martillo pilón, atravesaban al gusano demoníaco sin causarle daño alguno.

La petrificada tristeza que anidaba para siempre en aquellos ojos terribles e inteligentes no desapareció con ningún parpadeo de dolor. El reluciente y baboso cuerpo siguió deslizándose sobre el altar, y las mandíbulas babeantes y sin colmillos se abrieron, en busca de la carne de Kull.

Paso a paso, el rey se vio obligado a retroceder, hasta que sus hombros desnudos rozaron la superficie caliente de la alta urna de latón donde bailoteaban unas llamas azuladas. Un momento más, y el gusano estaría sobre él. Kull sabía que no podía rechazar aquella cosa deslizante que avanzaba implacable. Tampoco podía ayudarle Brule, pues en alguna parte, a su espalda, percibió el ruido de la lucha del guerrero picto, que mantenía a raya a la horda de fieles enloquecidos. ¡Su mente buscó desesperadamente una salida!

## 7. La Muerte Azul

Zogthuu continuó fluyendo hacia él como un río legamoso de aceite negro y entonces, de repente, un brillo de inspiración surgió en los ojos de Kull. Se volvió hacia un lado, en el momento en que el gusano demoníaco se lanzaba hacia adelante como una cobra. Agarró con las dos manos la urna de latón y la sacudió, desprendiéndola del pedestal e inclinándola sobre aquella cosa negra y reptante. La urna cayó de lleno sobre el lomo de Zogthuu.

El aceite se derramó de la pesada urna, empapando los ondulantes anillos negros de la bestia, y un instante después la llama siguió el rastro brillante del aceite derramado..., ¡y Zogthuu se incendió como una gigantesca antorcha viviente!

Una llamarada azul envolvió toda la longitud retorcida de su cuerpo, de un extremo al otro, con llamas que chamuscaban y abrasaban como mil hierros de tortura al rojo vivo. Y ahora sí, ahora un dolor enloquecido apareció en los ojos relucientes del gusano. Durante todos los eones de pesadilla de su existencia eterna, Zogthuu quizá no había experimentado nunca la furia acuciante de ningún dolor, a excepción del tormento interior de su alma, encerrada en la repugnante prisión de un cuerpo inimaginablemente asqueroso. Ahora, un agudo dolor rojo llameó en sus grandes ojos, y las mandíbulas, sin colmillos ni lengua, se abrieron en un grito silencioso.

El aceite había empapado profundamente la carne esponjosa y gelatinosa. Al cabo de pocos instantes, el enorme gusano no era más que una masa de fluido ardiente, que inundaba el estrado, formando un enorme charco pútrido de légamo ardiente. Kull saltó como un resorte hacia donde se encontraba Brule, jadeante, rodeado por el montón de cuerpos ensangrentados de los fieles muertos.

—Ninguna esperanza queda para Grogar —gimió Brule—. Ese perro de Nargol me arrojó una daga, me agaché para esquivarla y la hoja se hundió en la garganta de Grogar.

—Que Valka acoja el espíritu del pobre diablo —dijo Kull, ceñudo—. Pero es mejor así. De

haber vivido no habría sido más que un loco de atar. En cambio, una muerte limpia causada por una hoja de acero...

—¡Sí! ¡Es la muerte de un guerrero!

Kull señaló hacia la distante escalera.

—Salgamos de este pozo maldito antes que nos aseemos.

Mientras subían la escalera de caracol, la mente de Kull continuaba viéndose acosada por aquella cosa que había visto en los ojos moribundos de Zogthuu, apenas un instante antes que el monstruo se desintegrara en una confusa mezcolanza de légamo hirviente.

Se preguntó si acaso aquella inteligencia torturada y triste que había existido durante eones incontables por detrás de aquellos ojos brillantes, dentro de su cuerpo pútrido de gusano, le había dirigido una última e inmovible mirada de patética gratitud por haberle liberado, al fin, de su nauseabunda prisión, permitiéndole entrar así en la noche eterna de la muerte.

Quizá...

Por encima de ellos, a través de la puerta que todavía permanecía parcialmente abierta, se introducía el aire fresco y limpio del mundo superior, y la luz brillante del sol que alumbraba un mundo donde, seguramente, jamás podrían existir los horrores que habían presenciado allá abajo.

F I N